

Lo que de verdad importa

Raquel Morales Dato

4º ESO



Raquel Morales Dato | 4º de ESO

Lo que de verdad importa

Yo nací cuando faltaban siete meses para que se terminara la guerra. Viví en el franquismo; era la menor de cuatro hermanos. Nací en mi casa y, desde pequeños, mis hermanos y hermanas cuidaban de mí; cuando era chica estuve a punto de quedarme ciega por culpa de algunas medicinas.

De pequeña, mi madre me contó que en el tiempo de guerra se llevaron a mi padre y mi madre me tuvo un día sin mamar. Se la llevaron para que declarara dónde estaba mi padre y ella dijo que no sabía nada. Lo querían coger porque había vendido la uva de su jefe y querían que le diera el dinero, pero no lo tenía, lo tenía su jefe. Montaron a mi madre en un coche para llevarla a la Puebla de Mula, para interrogarla, pero no le decían nada y a las 3 de la mañana la dejaron libre en el camino.

No tuve ninguna comodidad, excepto una radio de pilas. Nos alumbrábamos con un candil; la luz era de carburo y aceite. Fui al colegio público; era de monjas; allí jugábamos a las crucetas y a la comba. El colegio estaba dividido en parvulitos y "señoritas" aparte. Las "señoritas" llevaban siempre algo para comer y el trozo que les sobraba se lo daban a la monja para que lo fuera repartiendo poco a poco. Un día me castigaron y me metieron en el armario donde tenían los trozos de bocadillo. Tenía que estar rezando en voz alta, pero aun así me comí varios trozos; cuando me sacaron, la monja miró el armario y me preguntó:

– ¿Te has comido los trozos de bocadillo, María?

A lo que yo repliqué:

– Sí, porque tenía mucha hambre y no me pude resistir a coger algunos.

Y ella me contestó:

– Pues mañana volverás a meterte en el armario.

En el colegio también nos daban palmetazos con la regla cuando nos portábamos mal, o copiábamos, o no nos sabíamos la lección; nosotros nos callábamos o llorábamos.

El pueblo, al igual que el colegio, también estaba dividido en "señoritos" y pueblo llano, siendo los "señoritos" los ciudadanos de primera que gozaban de privilegios. Como ejemplo de esta separación, valga el hecho de que



el casino estuviera dividido en distintos ambientes, siendo el mobiliario de la parte de los "señoritos" de buena calidad y con asientos de piel, mientras que el de los criados tenía tableros por mesas y asientos de madera.

Mis padres me mandaban a por el pan y me daban seis chuscos. Se compraba con cartilla; yo me ponía de nuevo en la cola, pedía más pan y me lo comía antes de llegar a mi casa, porque tenía mucha hambre.

Nosotros lo que hemos comido ha sido naranjas y limones que se pelaban, se escurrían y se les echaba pimienta molida. En Nochebuena y Nochevieja cenábamos cabrito. Cuando estábamos más desahogados de dinero, mi padre echaba cuatro pavas de cría y dos pavos; los huevos se guardaban y se sacaban pollos y pavos y nos los íbamos comiendo. Cuando había gallinas, los huevos se vendían. Los sábados mi madre iba al mercado, los vendía y compraba tres kilos de sardinas, las metía en una olla de barro, les ponía papel y las trabajaba. Llegada la hora de las migas, cocía los pimientos secos y las hacía; a las doce o trece horas bebían caldo y, si no, asaba en la lumbre tres sardinas y nos daba la cabeza a uno, a otro cola y nos íbamos turnando; les quitábamos la raspa, derretíamos el pringue, se le añadía un chorro de aceite y nos las comíamos con las gachas migas. Por la noche comíamos potaje de hierbas, acelgas o hinojos y a veces patatas; también hemos comido harina de panizo en tortas, hierbas silvestres y "cerrajas" en ensalada.

A los nueve años dejé el colegio y me tuve que ir a trabajar cuidando pavos, cobrando tres pesetas a la semana. Después de criar los pavos trabajé en la fábrica de conservas, ganando ocho pesetas, cuando mis hermanas ganaban dieciséis y, si venía alguien que parecía un inspector, me tenía que esconder porque no tenía la edad para trabajar. Cuando no había trabajo en la fábrica, me iba con mi padre a cuidar las "borregas", cortando hierba para ellas y pastoreándolas.

No usábamos zapatos, calzábamos sandalias de goma; las lavábamos con polvos y las restregábamos para blanquearlas y así poder tenerlas al día

siguiente para irnos a trabajar. Y de ropa sólo teníamos lo que llevábamos puesto; también lo teníamos que lavar por la noche y secarlo con "panizo", que así se llamaba al maíz.

Como tenía que trabajar mucho no me dejaban salir, sólo a oír misa de noche. Yo calentaba el agua en la lumbre y me lavaba pero, cuando ya estaba lista para salir, mi padre no me dejaba; por eso no tenía muchas amigas, pero con las pocas que tenía nos contábamos todas las cosas.

Un día, cuando eran las fiestas del Niño de Mula, salí y, paseándome, conocí a José. Al principio mis padres no lo querían, pero yo empecé a salir con él; por eso mis padres y mis hermanos no me hablaban, menos una, mi hermana Serafina, que sí me seguía hablando. Así estuvimos durante cuatro o cinco años.

Mis padres me empezaron a hablar cuando nació mi primer hijo, Sebastián. Cuando se lo llevé para que lo conocieran, mi padre me dijo: Es tan guapo como tú. Y me empezaron a hablar poco a poco. Pero no fueron al entierro de mi hijo y mis hermanos tampoco; al menos me hablaban y día a día me fueron hablando todos menos un hermano, Pedro, que aún sigue sin dirigirme la palabra.

Mi padre se murió cuando yo tenía 26 años, por enfermedad de bronquios. Mi madre se murió a los 70 años, de cáncer de pecho; murieron los dos en casa, cuando yo ya me había ido con José.

Al principio vivimos en un "casón" –una cueva–, porque no teníamos otro sitio. José trabajaba en la huerta cuando le salía. Nos casamos en la sacristía de Los Evangelistas. Él tenía 27 años y yo 24. Asistieron a la boda mi suegra Amparo, el monaguillo y el cura.

Luego nos casaron por el Juzgado. El vestido de novia era rojo y no hubo banquete; mi marido iba vestido normal. A los tres meses de estar con él, le operaron de una úlcera y no sabía firmar. Contratamos a un hombre

para que nos enseñara porque, para irnos a Francia a trabajar a la vendimia, necesitábamos saber firmar.

Tuvimos tres hijos: Sebastián, que murió al poco tiempo de nacer; Pedro, a los treinta y cuatro años y Amparo, a los veintiséis. Cuando ella tenía quince días nos mudamos de Mula a La Puebla de Soto.

Después de tener a nuestros hijos vivíamos mejor, porque mis suegros se quedaban con ellos y nosotros nos íbamos a trabajar a la fábrica de conservas Pedrito Orenes. Por la noche, yo lavaba la ropa y atendía la casa. Nos fuimos a la vendimia de Francia siete meses y nuestros hijos se quedaron con mi suegra.

No teníamos comodidades; la ropa se lavaba en la "cieca" y comprábamos el agua para guisar. Tuvimos la primera televisión en blanco y negro cuando mi hija Amparo ya había cumplido ocho años, y la televisión en color, cuando tenía 15 años; los muebles nos los dieron viejos.

Yo trabajaba en la huerta ocho horas: cogía huesos de albaricoque, pimientos, tomates. De noche iba a buscar cosas a la huerta para comer; de día no podía porque estaban los guardias y me denunciaban o me pegaban. Cuando iban los guardias, cada 15 días, no cenaba nada porque no había cena para todos.

En la huerta me pilló un guardia una vez, y me preguntó que qué hacía y yo le dije que estaba cogiendo hierba. Me dijo que vaciara el bolso donde llevaba la hierba para ver lo que contenía y yo le contesté diciendo que lo que me pudiera haber comido ya me lo había comido, porque tenía hambre. El guardia me denunció y mi marido tuvo que pagar una multa de tres pesetas.

Nunca les pegué a mis hijos, excepto una vez a Amparo, porque le mandé algo y ella no lo quiso hacer y le tiré un plato a la cabeza; y otra vez a mi crío porque descubrí que fumaba cuando tan sólo tenía 14 años. Y lo descubrí porque, cuando venía del colegio, se iba –según él– a la "cieca", a

coger ranas pero, en realidad, se iba a fumar. Se puso de monaguillo; le daban un duro; sus amigos y él juntaban el dinero e iban a comprar tabaco y ese duro ya no se lo daba a mi abuela. Esas fueron algunas evidencias, pero lo que me lo confirmó de verdad fue que la madre de un amigo suyo me dijo que se le había perdido un paquete de tabaco o se lo habían quitado. Un amigo mío, Jesús, fue a coger hojas de morera al bancal; cuando se iba a ir le pregunté por mi hijo y me dijo que estaba fumando, cogí la correa y me fui. Lo vi y me dijo que no le pegara; yo le contesté que se callara. Se vino conmigo y nos fuimos a casa de la mujer a la que le habían robado el paquete de tabaco y la llamé. Salió su marido, llamó a su hijo y le preguntó por el paquete de tabaco; él contestó que lo tenía otro amigo que se había ido; yo le insistí para que dijera dónde estaba el paquete y al final lo confesó. Yo me fui a mi casa con mi hijo y, mientras tanto, le dieron al hombre el paquete de tabaco con otra funda, ya empezado, porque ya se habían fumado algunos cigarros. El hombre dijo que ése no era su paquete de tabaco; ellos contestaron que se les había caído y se les había roto la funda. Cuando llegué a nuestra casa, le pegué a mi hijo; mi marido también se enteró, pero no le pegó; sólo le dijo que, si venían sus amigos a por él, que no se fuera.

También estuve a punto de pegarle otra vez a mi hija Amparo, porque su maestra le pidió que llevara hojas de limonero; se fue a cogerlas y no venía, no venía y la estuve buscando mucho tiempo. Cuando llegó, le dije que se lavara las manos, que se arreglara y que se fuera al colegio sin comer, y que cuando saliera me avisara; pero al final no le pegué.

Yo metía el dinero que ganaba mi hija Amparo en el banco y lo mismo hice con Pedro, para que se comprara una moto. En los Reyes le regalaba una muñeca a mi hija y a los tres días se la quitaba y la guardaba para que no la rompiera, porque no teníamos dinero para comprarle otra al año siguiente.

Cuando mi hija se echó su primer novio, no quería que estuviera en el camino hablando con él, para que no la criticara la gente y le dije que se

quedara con él dentro de la casa. El chico tuvo un accidente de tráfico el 13 de febrero y falleció; sucedió cuando regresaba a su casa, porque el del otro coche iba bebido. Mi hija, desde entonces, no quería salir y tampoco quería echarse un nuevo novio, y me tuve que acostar con ella en la misma cama durante algún tiempo. Yo le decía que saliera y que se echara novio pero, cuando hablábamos de él, lloraba.

Más tarde conoció a otro chico, Manolo. Cuando empezó con él no lo aceptábamos, porque no lo conocíamos ni a él ni a su familia; era cuatro años mayor que ella; no la dejábamos salir más tarde de las 10 y media. Fuimos a una reunión del colegio y él estaba allí. Mi marido empezó a renegar y mi hija y él se fueron juntos. Cuando se iba a fugar con él, llamó a nuestra casa y me lo contó y yo le dije que tuviera buen viaje; ella después entró a trabajar a la peluquería Delfi.

Cuando se querían casar, fueron a vernos mis consuegros Antonio y Carmen, porque querían que fuera yo la madrina. Yo no quise, porque siempre había tenido la ilusión de que mi hija se iba a ir de mi casa después de casarse, pero al final sí fui la madrina, porque me convencieron. La modista me dejó la falda y el arreglo del pelo, me compré una blusa e hice de madrina junto con mi consuegro Antonio, que fue el padrino. El día de la boda, 12 de abril de 1987, lloré mucho porque no quería que se casaran.

Seis años más tarde llegó mi nieta Raquel. Cuando ella era chica, yo no podía ir a estar con ella todos los días así que, como mi hijo Pedro no tenía trabajo, él se quedaba con ella pero, cuando Raquel se quedaba durmiendo, yo mandaba a mi hijo a comprar. Cuando empezó a ir al colegio, los viernes yo la llevaba, la recogía, comía con ella y me quedaba hasta que llegaba su padre. Luego, los sábados, en cuanto se levantaba, hacíamos las cosas y nos íbamos a mi casa y tenía que ir su padre a recogerla. Yo, por entonces, trabajaba vendiendo cupones de la O.N.C.E y estuve haciéndolo hasta el 2006.

Con mi hijo Pedro pasó lo mismo que con mi hija Amparo, porque él también se fue con su novia Rosmari antes de casarse; hicieron la boda el día 20 de octubre del 2007. Yo tampoco quería que se la llevara.

Después de los años me operaron de las dos piernas, de una hernia, de los pechos y de cataratas.

En conclusión, las dos cosas más felices de mi vida son mis hijos porque, aunque no hicieron con las suyas lo que yo esperaba, ahora son felices y eso es lo que de verdad importa ■

Mi abuelo Ceferino

Éric Pérez Torá

4º ESO



Éric Pérez Torá | 4º de ESO

Mi abuelo Ceferino

1. El inicio de todas las cosas

Entonces pasó lo que tenía que pasar... Este inicio es imposible de escribir en una historia normal, pero resulta que esta historia no es como las normales, sino una historia diferente; esta es la historia de un hombre cuya importancia en el aspecto familiar ha podido ser incluso vital. Este hombre se llama Ceferino Pérez Tortosa, para los amigos Cefe, y tuvo, como ya he dicho, una gran influencia.

Se podría decir que todo empieza un día como hoy, un 7 de enero de 1935, aparentemente normal en todo el mundo. Pero en esta fecha se aproximaba en España el inicio de la guerra civil, Alfred Hitchcock estrena 39 escalones y, en un pequeño pueblo de Alicante, llamado Hondón de los Frailes, en una pequeña casa, está naciendo Ceferino, el gran protagonista de nuestro relato.

Se complica el parto, pero al final sale, ya que Ceferino parece tener ganas de nacer. Todo se desarrolla perfectamente y Ceferino empieza a llorar, habiendo respirado por primera vez el aire y provocando, aunque sin quererlo, en su madre una pequeña sonrisa que la hace recuperarse totalmente, dejando a su padre boquiabierto y alegre de ver sonreír a su pequeño y recién nacido retoño.

Pero tres años le duraría a la madre de Ceferino la alegría de ver a su hijo, ya que murió a causa del parto, que le había provocado una enferme-

dad. Ceferino, que aún no tiene constancia de lo que está pasando, empieza a andar y a desarrollarse poco a poco a lo largo de sus primeros años.

Al poco tiempo su padre se casa con su cuñada, que ya tenía un hijo. Ceferino tiene que afrontar el hecho de que, en cierto modo, se le va a discriminar por parte de su madrastra, aunque sea lo más mínimo, frente a su primo y hermano. Al principio fue todo muy bien, ya que Ceferino estaba siendo criado por su abuela, que le protegía y le cuidaba. Tanto es así, que su madrastra ni siquiera se preocupa por él. En este momento va todo prácticamente bien pero, debido a la escasez económica, el niño no puede llegar



casi a las cuatro tomas de alimento al día, por más que su abuela procura que esto no suceda.

Pero vuelve a suceder algo terrorífico, en cierto modo, para Ceferino: su abuela acaba de morir. Sin poder tener apenas poder de decisión, se tiene que quedar en la casa familiar junto a su madrastra, su primo y hermano y su padre.

Lógicamente, el que lo recibe con los brazos abiertos no es otro que su padre que, a pesar de no poder dedicarle mucho tiempo, se alegra enormemente de tenerlo con él en su casa. Aunque no todo sería felicidad para él, ya que una noche como tantas otras, su padre y su madrastra están discutiendo sobre el tema de casi todos los días: el problema económico que sufren a diario. Pero, al final, los que se llevan las culpas son él y su hermanastro, aunque en mayor medida él, al que su madrastra culpa de lo sucedido; pero no sólo en esta ocasión, sino en todas, todos los días, continuamente...

2. Grandes noticias para Cefe

Demos un pequeño salto en la historia de este genuino hombre. Saltemos desde su niñez, que es el tema más duro, a su juventud.

Ceferino, recuperado de todos los problemas que había tenido en su niñez, se echa a la vida ya con 21 años. Está sentado viendo moverse las hojas de un pequeño árbol que hay al final de la calle y oye el susurro del viento. Acaba de terminar la carrera de practicante ATS y está disfrutando de unos días de descanso en el hogar familiar. Aún recuerda lo difíciles que habían sido las tres pruebas finales de la carrera, la prueba escrita, la oral y la práctica, y la alegría que se llevó cuando vio su 5,5 en la nota final...

Por el otro lado de la calle ve que viene el cartero. Poco a poco, aproximándose, le saluda y le entrega a Ceferino las cartas que habían enviado a su casa. Las ojea por encima y descubre una en la que pone Ceferino Pérez Tortosa, con el sello de España. Se apresura a abrirla y lee detenidamente:

Usted ha sido convocado para realizar la mili... Al leer esta frase, sale corriendo hacia la barbería de su padre. Cruza rápido el pequeño pueblo y entra. Se lo cuenta a su padre y le da un abrazo.

A las pocas semanas se fue hacia Alicante. Allí pasaban los días irremisiblemente, unos más rápidos y otros más lentos. Los ejercicios físicos llegaban a desgastarle a veces la piel, pero Ceferino seguía luchando. Una mañana, antes de que todos sus compañeros se despertaran, escribe una carta presentándose a las oposiciones de ATS.

Después de dos semanas, ya habiendo jurado bandera, está con sus compañeros celebrándolo en un pequeño bar del Hondón. Al llegar a su casa por la tarde, saluda a toda su familia alegrándose de volver a verlos y dando un fuerte abrazo a su padre.

Tras echar un vistazo a la casa, descubre en su habitación la carta de las oposiciones y se apresura a leerla... ¡HA SIDO ADMITIDO EN ARÉVALO (Ávila)! Le han concedido un puesto en esa localidad pero, a la vez, también había otra carta destinándole al desierto del Sáhara... Sin saber en qué pensar, se sienta en la cama y reflexiona. No le mandaban a ninguna guerra, sino a un campamento en el África Occidental Española, pero resulta que eran seis meses.

Cuando le llaman a cenar, Ceferino sale de su habitación con cara entristecida. Al sentarse, todos le preguntan si se encontraba bien, a lo que responde contándoles lo que había escrito en las dos cartas.

Todos se alegraron al oír la noticia de sus oposiciones, pero a todos les cambió la cara al escuchar la segunda.

3. ¡Sahara y olé!

Todo se mueve. El barco acaba de encender las hélices. Ceferino alza la mano para despedirse de su familia que está en el puerto. Poco a poco se

va alejando el buque y el puerto se va haciendo diminuto. Ceferino, junto a sus compañeros, se dirige a su camarote, donde debe pasar varios días antes de llegar al Sahara.

A altas horas de la madrugada, el barco empieza a pitar; como consecuencia, todos los marineros y soldados salen a cubierta y divisan, por primera vez en bastantes días, tierra: el Sáhara.

Un temblor indica que el barco acaba de atracar y se empiezan a formar colas para desembarcar, mientras otros soldados abajo en el puerto piden toda la documentación a los pasajeros. Tras identificarse, Ceferino recoge todo su equipaje y se dirige a un pequeño edificio donde debe dejar todo y salir afuera a empezar su misión.

El primer mes se pasó muy lento: recorrió prácticamente toda la zona de alrededor y realizó numerosas intervenciones con un fusil, entrenándose. Mandaba postales a su familia y fotos en las que se le veía con otros elementos locales, como los camellos, a los que nunca había visto antes.

La espera le proporcionó una gran recompensa: después de seis meses de duros esfuerzos había llegado el día de partir de regreso a casa.

Ceferino se despide de todos sus compañeros del barracón y se pone en la cola de subida al barco. Presenta toda su documentación y entra deprisa a su camarote, donde deja el macuto, saliendo después a la cubierta, en la que nota el ligero aire que rozaba su cara, mientras contempla lo que durante seis meses ha sido su "hogar"; no se arrepentía para nada de haber estado allí, ya que había conocido a numerosos soldados que se convirtieron en amigos y un lugar que no olvidaría nunca, el Sáhara.

Poco a poco va divisando el puerto de Valencia, con cada uno de los barcos que había atracados y con un grupo de personas esperando la llegada de éste. En pocos minutos reconoce a su familia, que también le reconoce y empiezan a saludarse. Una vez que el barco se ha parado, baja deprisa

y da un fortísimo abrazo a su padre y al resto de su familia y, mientras van a su coche, empieza a contarles todo lo que ha pasado, aprendido y visto. Volvían a estar todos juntos.

4. De Arévalo al altar

Metió la última maleta en el maletero del coche de su padre y se despidió: se iba a Nava de Arévalo, donde le habían concedido plaza en las oposiciones. Durante el viaje pasan por muchos lugares, como Albacete, donde se detienen a almorzar. A Ceferino le gusta la zona, parece alegre y con bastante comercio. Hacía tiempo que no veía una ciudad así, pero tenían que continuar su marcha hacia Nava de Arévalo.

Ya aproximándose a Madrid deciden parar para visitar algún lugar importante, ya que ninguno de los dos había estado nunca en la capital. En coche pasan por la Cibeles y por la Puerta de Alcalá; visitan también el Santiago Bernabéu, en cuyos alrededores comen. Comiendo, su padre le desea mucha suerte, ya que va a estar solo durante largo tiempo.

Y así fue; dos años estuvo trabajando en Nava de Arévalo hasta que, un día como otro cualquiera, recibe una carta comunicándole que habían aceptado su solicitud de plaza en Aspe, que estaba a 30 kilómetros de Hondón de los Frailes, su pueblo natal. En cuanto la lee, lo único en lo que piensa es en llamar a su padre para comunicárselo. Éste se alegra enormemente, ya que lleva prácticamente dos años sin ver a su único hijo.

Ceferino, a los pocos días, se despide de todos sus compañeros de la consulta y esa misma semana recoge todas sus cosas, va a la estación de ferrocarril y compra un billete para Alicante. Una vez en Alicante, y de camino a Hondón, su padre le va contando todo lo que había pasado en el pueblo y en la familia; no había habido grandes cambios, pero él escuchaba porque había deseado estar otra vez con su padre desde hacía mucho tiempo.

Sólo se podía quedar una semana en Hondón, ya que a la siguiente se iba a Aspe porque tenía que empezar a trabajar. La noche después de su llegada decide salir con sus amigos por el pueblo. Mientras están en la salida de un bar, se percata de que hay un grupo de chicas al otro lado de la calle y mira con entusiasmo a Carmen, una muchacha de la que había estado enamorado desde hacía años, y con todas sus fuerzas; con un poco de miedo decide acercarse a ella, invitarla a una copa y pedirle salir, todo precipitadamente, a lo que ella responde que sí.

Así que, gracias a esa valerosa acción, al año estaban los dos en el altar de la iglesia de Hondón dándose el sí quiero delante de las dos familias. La consecuencia fue que, a los 9 meses, nace una pequeña criaturita llamada Ceferino –en este caso junior– que, por desgracias de la vida, murió a los pocos días. Ese fue un golpe muy fuerte para todos, ya que era el primer hijo que tenía la feliz pareja.

Pero al poco tiempo nace otro Ceferino, un segundo hijo, al que llaman como a su difunto hermano.

5. La descendencia se multiplica

Mientras el pequeño Ceferino ya había aprendido a andar, empezaba a hablar y cumplía exactamente dos años, dos meses y dos días, nace en un hospital –el de Alicante–, por primera vez en la familia, José Carlos, que se duerme al poco tiempo de nacer. El padre, la madre Carmen y el pequeño Ceferino observan las caritas que pone el pequeño José Carlos.

Ceferino se siente muy orgulloso de su descendencia, de sus dos retoños que en este preciso momento empiezan a crecer y a ver el mundo a través de los ojos por los que su padre quiere que lo vean, que posiblemente sean los mejores que puede haber.

El pequeño Ceferino enseña a José Carlos a andar y le intenta enseñar a hablar, mientras su padre se va a trabajar como ATS en Aspe, donde viven los

cuatro. En Aspe el trabajo es más duro que en Nava de Arévalo, ya que tiene que atender a unos cien pacientes prácticamente cada día, mientras que en Nava eran sólo unos diez o veinte diarios. Pero, llegado a su casa, recupera totalmente la energía al ver a sus dos pequeños y jugar un rato con ellos.

Sólo han pasado tres años desde el nacimiento del segundo hijo, cuando viene a este mundo Inmaculada, el tercer retoño y la primera chica que tienen. Aunque son pequeños, los dos hijos varones se alegran de la llegada de la pequeña Inmaculada. El que más se alegra es el padre que decide, por primera vez, llevarlos a todos de vacaciones a Madrid, donde estuvo con su padre cuando viajó a Nava de Arévalo.

Así se cumplió su promesa; los llevó a todos a visitar Madrid, aunque de paso pararon en Calasparra (Murcia), donde pudieron hacer una visita a la Virgen. Pero el viaje no sólo se centró en Madrid; Ceferino también los llevó a Segovia, donde vieron el acueducto.

6. Sitio nuevo, vida nueva

Estando ya crecidos todos los hijos, Ceferino junto a su familia se trasladada a La Romana, población que se encuentra a unos 10 kilómetros de Hondón de los Frailes. Allí recibe a diario a algunos pacientes menos que en Aspe, pero aún siguen siendo bastantes. La ventaja que tiene aquí es que cobra por cada inyección que pone, así que su situación económica se ve notablemente mejorada.

Un día como otro cualquiera regresa a su casa. Mientras cena, habla con todos sobre lo que había pasado ese día. De repente suena el teléfono, lo coge el pequeño José Carlos y, tras preguntar quién es, enseguida se lo da a su padre. Ceferino escucha todo y le comunica a su mujer que ha habido un incidente en el barrio de los gitanos. Apresuradamente coge su maletín con todo lo necesario y se dirige al poblado chabolista.

Conforme se va acercando, ve a cerca de cuarenta gitanos en la puerta de una cueva y oye murmullos como ¡Ahí viene el payo! Al entrar ve a una gitana llorando y a dos gitanos adultos que señalan a un anciano que estaba tumbado en la cama pidiéndole que le ayudara. Una vez reconocido el anciano, Ceferino empieza a colocarle el suero y lo único que le pasa por la cabeza es rezar para que aquel hombre no se muera. Por suerte, al poco de ponerle el suero y de suministrarle un tranquilizante, el anciano se duerme y todos los gitanos le dan las gracias al salir.

Mientras va hacia su casa le tiemblan las piernas y, al llegar, se lo cuenta todo a Carmen y sus hijos se quedan con la boca abierta. Una mala noche que no quiere repetir.

Después de todo esto, y pasados siete años, el pequeño Ceferino ya tiene doce, José Carlos diez, Inmaculada siete y Javier apenas unos minutos, ya que acaba de incorporarse a la familia en el Hospital de la Seguridad Social de Alicante. En el horario de visitas entra toda la familia a ver al bebé. Los tres primeros hijos de la familia miran con detenimiento todos los gestos que hace su recién llegado hermano.

7. De La Romana a... ¿la Moncloa?

A los meses de nacer Javier, Ceferino va a la Casa del Pueblo del PSOE de La Romana, donde le invitan a que se una a ellos como militante. La decisión no le preocupa demasiado, la debate con su mujer y llega a la conclusión de que es una opción muy interesante, por lo que al día siguiente se presenta y se afilia al partido.

Al cabo de un mes le proponen desde la Casa del Pueblo presentarse en la lista electoral como primer representante, a lo que no puede decir que no. A consecuencia de su decisión empieza a hacer mítines por el pueblo, hablando de su seriedad y de las soluciones que plantea para arreglar todo lo que el partido actual está haciendo mal.

Una vez llegado el día de las elecciones, Ceferino está nervioso, ya que desde que se afilió había perdido muchos amigos y había gente que le miraba mal. Tenía un mal presentimiento, pero aun así cogió su papeleta electoral y fue hacia el colegio. Con bastante tranquilidad y saludando a sus compañeros, Ceferino vota a favor del PSOE.

Lo malo fue que su presentimiento era en cierto modo verdad, ya que el PP ganó las elecciones. Aunque, por otro lado, Ceferino salió elegido concejal y, durante las cuatro legislaturas siguientes, siguió ejerciendo ese cargo.

Un día, estando en las oficinas del PSOE, se entera por los periódicos de los Grupos Antiterroristas de Liberación –GAL–, supuestamente organizados por el PSOE, de los que en las oficinas no se conocía nada. Día tras día, Ceferino se va enterando, únicamente por los periódicos, de las actividades de estos grupos, con los que está en total desacuerdo.

8. Vidas separadas

Un día, hablando con su mujer, llegan ambos al acuerdo de que los dos deben trabajar para llevar a la familia a un mejor nivel económico, por lo que Carmen decide aceptar un traspaso de una pastelería en Albacete. Pero Carmen no se va sola, ya que se lleva a sus tres hijos a trabajar en el negocio.

Mientras tanto, Ceferino sigue viviendo en el pueblo de siempre, trabajando de ATS en la consulta rural. Llama casi a diario a Albacete para saber cómo están y cómo pasan el día. Por lo que le cuentan, se encuentran bastante bien pero es muy duro, ya que no pueden descansar casi ningún día.

De vez en cuando, Ceferino se acerca a la capital para hacerles una visita y ayudarles en todo lo que puede. Mientras está allí, se aloja en la casa que ambos se habían comprado. Llegado el lunes, Ceferino tiene que volver a La Romana para atender a los pacientes que le necesitan. Así estuvieron diez larguísimos años.

9. Con 65, estás en la flor de la vida

Una vez cerrada la pastelería en 1992, el mismo año en el que nace su tercer nieto Éric, Ceferino decide instalarse junto con su mujer en La Romana, para pasar los últimos ocho años de su vida como trabajador antes de jubilarse.

Mientras está allí construye, poco a poco y a lo largo de varios años, una casa en unos terrenos de Hondón que había heredado su mujer de sus padres. Pero el tiempo pasa rápidamente y, ya en el 2000, recibe la jubilación del Estado y decide irse a vivir junto con su mujer a Hondón de los Frailes, a la casa que estaban construyendo.

Una vez allí, tranquilo, con toda su vida a las espaldas pero con bastante vida por delante, sigue siendo militante del PSOE y, gracias a eso, puede ver al Rey de España y hablar con él durante una visita que hace a Elche. Ceferino no está nada nervioso; aunque sea republicano, le gusta en cierto modo este rey, ya que salvó, por ejemplo, a España de otra dictadura.

Aunque ésta no sería la única vez que Ceferino ve o habla con un político importante porque, estando ya jubilado, va a numerosos mítines de Felipe González, aunque nunca consigue hablar con él directamente. Con el que sí consigue hablar, o mejor dicho saludar, es a José Luis Rodríguez Zapatero, al que le estrecha la mano y le saluda antes de que entre a un mitin en Alicante.

Pero no acaba todo aquí ya que un día, estando sentado leyendo el periódico, recibe una llamada de su nieto Éric diciéndole que quiere escribir sus memorias, a lo que no se puede negar.

Estas son las hazañas que ha vivido este personaje tan ilustre para mi familia, pero ha habido muchísimas otras que no tienen por qué ser menos interesantes, aunque no se hayan contado aquí... ■

Zenón, mi abuelo

Fabiola García Albarracín

3º ESO



Fabiola García Albarracín | 3º de ESO

Zenón, mi abuelo

Mi abuelo, Zenón Albarracín Valera, nació un 25 de marzo de 1924, en primavera, en una casa de Arroyo Hurtado, en la pedanía de Cehegín. Su madre tuvo gemelos, él y su hermano que falleció nada más nacer. Mi abuelo era hijo de Jesús Albarracín de Maya, un mulero de Bullas, una persona noble y graciosa. Su madre era Juana Valera Puerta, un ama de casa de Arroyo Hurtado que amaba a sus hijos, una mujer amable. Zenón fue el tercero de ocho hermanos: Ascensión, José, Zenón, su gemelo, Jesús, Juana, María y Alfonso. De niño, Zenón era muy travieso; junto con sus amigos se metían en líos, pero sólo eran diabluras infantiles.

Era el periodo anterior a la guerra civil española. Mi abuelo no fue a la escuela, pero otros hombres que residían en el pueblo le enseñaron a él y a otros niños a leer y a escribir. Pero para vivir se necesitaba dinero, por lo que su padre tenía dos trabajos, mulero y agricultor. Aun así eran muchos de familia, por lo que su hermano mayor José y él tuvieron que ponerse a trabajar.

Mi abuelo tendría alrededor de diez años y ya trabajaba de pastor de ovejas. Cuentan que al principio era un desastre, todas las ovejas se escapaban y tardaba su tiempo en volver a reunir las a todas, pero pronto le pilló el "tranquillo". También ayudaba a su padre a cultivar en los huertos tomates, almendros u olivos.

En su adolescencia conoció a Antonia Reales Guirado, una alegre muchacha de Bullas. Se enamoraron y se hicieron novios. Salían a pasear por

las calles del pueblo e iban con los amigos al baile, hasta que mi abuelo se fue a la mili.

El 20 de febrero, se concentró en la Caja de Reclutas y, días después de ello, concretamente el 7 de marzo, supo que había sido destinado al Regimiento de Carros de Combate número 63 de Ceuta. Al día siguiente, 8 de marzo, fue un día señalado para él, porque prestó juramento de fidelidad a la bandera.

En Marruecos, donde hizo la mili, tuvo que adaptarse a otro clima, a otra cultura y a otro idioma, pero supo integrarse. Hizo muchos amigos de todas partes de España, como Andrés de Sevilla, Pepe de Valencia o Alfonso de Barinas. En ese tiempo escribía muchas cartas a su novia, Antonia, y esperaba con impaciencia el momento de volver. Siempre decía que los días que pasó en la mili se le hacían muy largos.

El 30 de septiembre de 1947 terminó de hacer el servicio militar, pero contrajo el paludismo. Él y sus familiares pasaron unos momentos muy difíciles durante unos cuantos meses, aunque al final pudo recuperarse y seguir con su vida.



Después de esto siguió trabajando en Arroyo Hurtado como mulero. Según me contó mi abuelo, una noche le robaron dos mulas y un macho que se llamaba Montesino. Tuvo que ir a la mañana siguiente a denunciar el robo a la Guardia Civil con otros dos vecinos de El Chaparral, a los que también les habían robado los animales. Siguieron el rastro de los ladrones durante tres días y, por fin, los atraparon en la carretera de Orihuela, en Alicante.

El 30 de septiembre de 1951 fue uno de los días más felices de su vida, ya que se casó con Antonia. Lo hicieron en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, en Bullas, con asistencia sólo de sus parientes más allegados, hermanos, tíos y primos. Después de ello se fue a trabajar a La Mancha, a segar trigo y más tarde al reino de Valencia a recolectar arroz.

El 6 de enero de 1953 nació su primera hija, Juana, llamada así por la madre de Zenón. Pero lo pasaron mal, ya que el parto se prolongó y Juana nació con la cabeza alargada. Todos creían que la niña había nacido con problemas pero, según cuentan, Juana –abuela de Zenón– le daba todos los días masajitos en la cabeza y así la curó. A mi abuelo no se le daba nada mal ser padre, quería a su hija con locura.

Mientras, en las tierras que tienen en el Llano Rubio y en el Llano de los Billares, Zenón cultivaba almendros y vides. También en La Hoya tenía tierras en las que cultivaba diversos tipos de hortalizas que después se comían en su casa. En cambio, cuando era la temporada de las almendras y de la vid y, si el año era propicio, llevaba la cosecha a la Cooperativa para venderla y sacar algo de dinerillo. Además de cultivar sus tierras, también trabajaba de molinero.

En 5 de enero de 1957 nació su segundo hijo, Jesús. Sus dos hijos mayores nacieron en la casa que fue de sus suegros. Y el 21 de enero de 1963 nació su hija Antonia, que ella sí nació en la actual casa de Arroyo Hurtado.

A finales del 67, a Zenón le ofrecieron un trabajo en la fábrica de productos químicos llamada La Furfural. Residió en Alcantarilla, en la casa de su

cuñado Juan, durante un año. Todo ese tiempo iba y venía desde Alcantarilla al Rollo con su apreciada moto Ducati, que todavía se conserva en buen estado después de cuarenta años, hasta que pudo reunir suficiente dinero para comprar una casa en el Cabezo Verde y traer a vivir allí a su familia. El 26 de diciembre de 1968 se hizo oficial el traslado y pasaron las Navidades en su casa nueva, celebrándolas con su cuñado, su esposa y su familia.

En la empresa estuvo veintitrés años trabajando. Cuando se jubiló, empezó a criar animales, conejos, pollos y gallinas. En el huerto también tenían plantadas algunas flores, rosas, alhelies, geranios y alguna que otra más. También plantó una higuera que se ha hecho muy grande y da unas brevas buenísimas. Allí contaba con un perro guardián que se llamaba Privo y algún que otro gato.

A todos sus nietos nos gustaba mucho estar allí jugando y ayudar a nuestro abuelo a plantar rosas. En total, mi abuelo tuvo ocho nietos: Avelino y Lorena (hijos de Juana), Jesús, Inmaculada, Adrián y Almudena (hijos de Jesús), Adolfo y yo, Fabiola, (hijos de Antonia).

En los años 80, mi abuelo y mi abuela decidieron viajar a Ceuta. Primero tomaron un autobús con destino a Cádiz; desde allí cogieron un barco hacia Ceuta. En aquella ciudad estuvieron durante dos días, en los que su idea principal era comprar cosas, relojes, radiocassettes, ropa..., ya que todo estaba más barato que en la península. Aunque también visitaron esa hermosa ciudad y regresaron con bellos recuerdos y con nuevas amistades.

En junio de 1998 decidieron arreglar el tejado de la casa de Arroyo Hurtado, la casa donde vivían antes, que ya tenía más de cien años, porque se había roto un madero, por lo que el tejado quedó en muy mal estado y entre toda la familia ayudaron a arreglarlo. Mi abuelo, a pesar de la edad que tenía en ese momento, cogió una pala y empezó a hacer masa, motivado por la alegría al ver que, si arreglaban el tejado, sus nietos podrían seguir visitando esa casa durante muchos años más.

Años después diagnosticaron a mi abuelo una insuficiencia cardíaca, por la que tuvieron que intervenirlo quirúrgicamente y colocarle una válvula. Aun así, mi abuelillo no perdía la sonrisa y, cuando me veía, me cantaba esa canción de Manolo Escobar, Mi carro, con su gorra puesta, porque sabía que me encantaba, y nos contaba a mis primos y a mí el cuento de El hermano listo y el hermano tonto y jugábamos con él y con mi abuela en su cocina a "el puñete", con el que nos reíamos mucho. También nos sentábamos en su sofá y veíamos sus películas favoritas del cine del oeste; en casi todas ellas actuaba su actor preferido, John Wayne.

Meses después le diagnosticaron pólipos en la vejiga y tuvieron que intervenirlo varias veces. El 17 de mayo de 2005, mi abuelo, Zenón Albarracín Valera, falleció a consecuencia de una insuficiencia respiratoria.

Dejó una huella profunda en nuestros corazones, porque era una persona amable, divertida y cariñosa. Aún conservamos su gorra, que no se quitaba en ningún momento. Cuando miramos la cocina de su casa y echamos un vistazo al rincón donde él se sentaba, siempre nos viene su imagen, su recuerdo, porque eso es lo que nos queda de ese gran hombre: su recuerdo... ■



La cárcel del tiempo

“En realidad, la historia está compuesta por tantos fragmentos como fotos existen. Pues bien, cada fragmento es la instantánea, que se ve y se consume en un instante para luego morir o ser archivada, lo que viene a ser lo mismo. De ahí que la imagen fotográfica sea una imagen espectral, crepuscular, funeraria...”

Susan Sontag, *Sobre la fotografía*

El tiempo no actúa por igual sobre todas las imágenes. A unas las respeta más que a otras y, a algunas determinadas, incluso las revaloriza. En el caso de las fotografías, por su misma naturaleza química, el paso del tiempo las va desgastando y consumiendo, dándoles un aspecto mortuorio. Por eso una fotografía realizada hace ya varios años, nos transmite –sobre todo si es en blanco y negro– la sensación de que estamos viendo algo que fue, pero que ya no es, algo que vivió y ya no vive. La misma Susan Sontag incide con precisión en este concepto: *“Las fotografías son memento mori; seleccionan un momento y lo congelan, atestiguando así el paso despiadado del tiempo”*.

Una foto antigua es, pues, una cárcel del tiempo. El golpe del disparador atrapó en su momento un jirón de la vida de los retratados, dejándolo preso para siempre bajo la emulsión de nitrato. El devenir continúa inexorable, la vida evoluciona y se adapta a los nuevos usos y a los más recientes descubrimientos, pero en el escenario de la fotografía el tiempo se para. Es presente sólo el instante que dura el clic, pasando automáticamente a engrosar el acervo del pasado, de lo inamovible, de la “intrahistoria”. Pero ese pasado no es intocable y se convierte de nuevo en presente cada vez que alguien coge en sus manos esa foto, posa su mirada sobre ella y rememora con afán el hecho o a las personas representadas.



"...Una foto antigua es, pues, una cárcel del tiempo.
El golpe del disparador atrapó en su momento
un jirón de la vida de los retratados..."

Esta es la labor que –además de la ímproba tarea de documentación– han realizado los alumnos autores de estos relatos. Durante un tiempo más o menos largo, su vida ha estado temporal y afectivamente ligada a la de los personajes de las fotografías –en este caso los abuelos–, que en numerosas ocasiones han tenido la gozosa oportunidad de abandonar su mundo congelado, incorporándose al trabajo diario de sus nietos, dulce adolescencia en ebullición y crecimiento.

En la mente de muchas familias se ha ido definiendo la imagen –puede que borrosa en ocasiones– de los antecesores, de los que precedieron y fueron capaces de abrir camino en épocas de dificultad. Y con ellos ha ido desfilando todo lo que les rodeaba –las calles del pueblo, los vehículos, las modas en el vestir, las festividades–, como una interminable procesión de recuerdos irisados por la nostalgia.

La familia entera ha tenido la oportunidad de aunar sus vidas en torno a unas fotos en las que el pasado ha ido tomando rostro, luchando por hacerse presente. Y ese rostro tiene, en cada caso, los rasgos de alguien especialmente querido... ■

Ignacio García García

Coordinador artístico

"...Vidas que cuentan es periodismo, literatura, historia, filosofía. Es humanidad. Es esa enciclopedia que mi abuela Teresa me regaló para salvarme los estudios y la vida..."

José López de Ochoa



Este libro fue compuesto en tipografías Rotis Sans Serif, Stone Sans Y Trade Gothic, sobre papel couché semimate de 150 gr. Se terminó de imprimir, en la ciudad de Murcia, el día 16 de noviembre de 2010, Año Santo Compostelano y Año Jubilar de Caravaca de la Cruz, festividad de Santa Margarita de Escocia, Santa Gtrudis y San Edmundo.



**“Siento resonar con fuerza en mi
corazón una palabra: ¡gracias!”**

Benedicto XVI